

Stendhal cosmopolita: una conciencia de Europa

JUAN BRAVO CASTILLO
UNIVERSIDAD DE CASTILLA-LA MANCHA

Habrían de pasar bastantes años después de su muerte en 1842 para que la crítica especializada comenzara a valorar el alto grado de conciencia europeísta que dimana de la obra de Stendhal, conciencia que, aunque anclada por preferencia y afinidad en el espacio italiano, trasciende con mucho ese marco y se encuadra en la vieja dialéctica norte/sur, aportando matices singularísimos, de ahí que muchos sigan viendo en el grenoblés a un avanzado sobre su tiempo. Sería Nietzsche (1986: 212), con su peculiar visión, uno de los primeros en reconocer en Stendhal al *descubridor del alma europea*¹, y esa opinión, matizada y apoyada en escritos y apreciaciones del autor de *Le rouge et le noir*, será la que induzca, años más tarde, a André Suarès a escribir: *Stendhal est le premier grand Européen depuis Montaigne [...] il vit et il pense en Européen, il finit par être Européen contre la France* (Servoise, 1983: 13). ¿Contra Francia?, nos preguntamos

¹ Concretamente en *Más allá del bien y del mal* (Madrid, Alianza Editorial, 1986, p. 212), Nietzsche escribe al respecto: [...] y como expresión logradísima de una curiosidad y un talento inventivo auténticamente franceses para este reino de estremecimientos delicados podemos considerar a Henri Beyle, ese notable hombre anticipador y precursor, que, con su tempo (ritmo) napoleónico, atravesó a la carrera su Europa, muchos siglos de alma europea, como un rastreador y descubridor de esa alma: -dos generaciones han sido precisas para darle alcance en cierto modo, para adivinar tardíamente algunos de los enigmas que le atormentaban y embelesaban a él, a ese prodigioso epicúreo y hombre-interrogación, que ha sido el último psicólogo grande de Francia.

nosotros. Los hay que jamás perdonan ciertas frases -y Stendhal ciertamente gustaba de hacerlas-; ya no sólo esa máxima proverbial en la que reconoce que *la vraie patrie est celle où l'on rencontre le plus de gens qui vous ressemblent* (Stendhal, 1973: 98), o su mismo epitafio, sino también los duros anatemas contra su Grenoble natal dispersos por toda su autobiografía, o las opiniones un tanto severas acerca del temor al ridículo, la vanidad o la falta de natural del pueblo francés. Pero no es ése el caso. El pensamiento de Beyle es absolutamente coherente. Lo que ocurre es que, conforme avanza en la vida, Stendhal, aun sin renunciar en ningún momento a lo que él -como sus ilustres ancestros filósofos del XVIII a quienes tanto debe- considera centro neurálgico del mundo intelectual de su época -es decir, París-, amplía constantemente a modo de ondas concéntricas el círculo vital de su devenir: primero Grenoble, la provincia; después París, o sea Francia; finalmente el mundo.

Vista de ese modo, dicha conciencia se iría ensanchando progresivamente hasta alcanzar su máxima expresión a partir de un ritmo vivencial constantemente abierto a su entorno, pero, al mismo tiempo y en íntima simbiosis, sería ese mismo entorno el que a su vez iría obrando en su conciencia y esculpiéndola; no olvidemos que *l'autre* -como indica Daniel-Henri Pageaux (1989: 137)- *est ce qui permet de penser autrement*. Probablemente la gran diferencia -y el mérito- de Beyle con respecto a sus coetáneos fuera su carencia de chauvinismo, producto de un temperamento y una educación *sui generis*, que desde muy pronto le permite aprehender la realidad cultural europea, un tanto vagamente, como es lógico, al principio, para, poco a poco, y gracias al azar de su destino, ir asimilándola plenamente hasta convertirse en ese pionero que todos conocemos. Resulta a este respecto curioso analizar el procedimiento que mucho más tarde, en su *Vie de Henry Brulard*, empleará Stendhal para explicar este proceso como un decidido retorno a sus orígenes familiares maternos, forjando de ese modo su mitología personal (vid. Bravo, 1983). Ningún libro, por lo demás, mejor que ése para calibrar asimismo cómo surge en él la conciencia de lo europeo como realidad existencial.

Hacia la época en que Stendhal emprende su proyecto autobiográfico, escribe desde Civita-Vecchia en carta dirigida a su amigo Di Fiore: *Il me faut trois ou quatre pieds cubes d'idées nouvelles par jour, comme il faut du charbon à un bateau de vapeur* (1968, II: 1-XI-1838: 719). La frase, categórica y expresiva como él acostumbra, pone de manifiesto uno de los rasgos más inherentes a su temperamento, como puede verse siguiendo el vasto abanico de sus escritos íntimos. Inquietud, eterna insatisfacción,

inconformismo y curiosidad sin límites serán las claves de este Candide que acostumbra a ver la vida desde niño con la imaginación ya contagiada por los personajes del Ariosto. Observador empedernido, solitario por culpa de un padre que no consiente que su hijo se codee con los demás niños en una escuela de la ciudad, Henri, iniciado en la vida por un abuelo ilustrado, discípulo de Voltaire, y por una serie de preceptores tiránicos e ignaros, desde muy temprana edad acostumbra a refugiarse en sus ensoñaciones y en una serie de lecturas que podemos calificar, sin ningún tipo de ambages, de *selectas*. Corneille, Dante, Cervantes -*El Quijote* será para él un libro familiar desde los siete años-, Voltaire, Shakespeare, además del Ariosto, que, como él mismo escribe, fue el que, por encima de todo, forjó su carácter. Y una multitud de autores a los que lee infatigablemente y a menudo a escondidas, empleando el mismo procedimiento que posteriormente veremos poner en práctica a Julien Sorel en *Le rouge et le noir* (II, 13), es decir, abriendo los anaqueles privados de la biblioteca de su padre, cogiendo un tomo que para él tuviera el atractivo de lo prohibido, y separando un poco los adyacentes para que nadie advirtiera su momentánea ausencia. Fue así como la literatura se iría tornando para el joven Henri en un antídoto contra el aislamiento en que se veía obligado a vivir. En su mente, los libros -y eso es un fenómeno ya perfectamente detectable en su autobiografía-, sus personajes, y, sobre todo, sus autores preferidos, desde muy pronto se convierten en entidades vivas, portadoras cada una de su propia idiosincrasia y de un valor que él sabrá aprehender y hacer parte integrante de su propia personalidad. Corneille será para él fuente de virtud, de energía, de lo que él denomina *españolismo*; Cervantes -y más concretamente *El Quijote*- una actitud idealista y vital frente a la existencia; Dante -*La Divina Comedia* en versión original fue el libro de cabecera de su madre- se muestra a su espíritu ornado de todos los prestigios de lo clásico; el Ariosto será su modelo imaginativo -Shakespeare -cuyo nombre deseará ver escrito en su lápida junto a los de Mozart y Cimarosa- el timonel y guía que le abrirá las puertas de la gran cultura anglosajona. La lista se haría inacabable, pero basten estos ejemplos como botón de muestra. Beyle, pues, desde su más tierna juventud, capta las virtualidades de los grandes genios y no sólo los mitifica, sino que se contagia del humanismo dimanante de sus obras, y como ellos toma conciencia de la importancia del ser humano como entidad universal.

Este incipiente espíritu de elevadas miras podría no obstante haber quedado cercenado en el caso de que Beyle se hubiera integrado en la sociedad parisina como alumno de la Escuela Politécnica a la que en un

principio aspiraba a entrar. Pero estaba el azar, el azar histórico y el azar personal. Napoleón y su gesta en ciernes, y su poderoso primo Daru. Henri Beyle revestiría el uniforme, como antaño lo hicieron Descartes, Vauvenarges, Xavier de Maistre, Maine de Biran, Vigny y Paul Louis Courier, y partiría con Bonaparte en pos de su destino. Su horizonte se ensanchaba al ritmo de las intermitencias de su corazón perennemente enamorado y perennemente ávido de emociones nuevas: *De toutes mes passions mortes* - escribe a su hermana Pauline desde Brunswick en 1807 (1968, I: 357)-, *celle de voir des choses nouvelles est la seule qui me reste*. Romántico de estirpe rousseauiana, Beyle se deleita con los espectáculos que a cada momento se le ofrecen al viajero: *J'aime les beaux paysages: ils font quelquefois sur mon coeur le même effet qu'un archet bien manié sur un violon sonore; ils créent des sensations folles; ils augmentent ma joie et rendent le malheur plus supportable* (1981, 5-V-1837: 98). Pero, lo que por encima de todo le encanta observar son *les grands jeux de ces chiens de basse-cour nommés hommes* (1968, I: 30-IV-1807: 307), por todas partes esclavos de sus pasiones y de sus instintos. Con su Diario en la mano, el soldado recorrerá una y otra vez Europa: Francia, Italia, Alemania, Austria, Polonia, Rusia. Sus lecturas de adolescente resultan para él básicas, pero poco a poco descubre la realidad preñante del pequeño detalle observado, el detalle vivo, la idiosincrasia de lo nacional, lo uno y lo diverso: todo es igual pero todo es diferente.

Existe un momento clave para Beyle, puesto de relieve por él mismo en su Diario: el grenoblés, oficial del ejército de ocupación, asiste en Viena, en mayo de 1809 -tiene por entonces 26 años-, a la misa celebrada en honor de Haydn, fallecido unos días antes. Stendhal, en uniforme de gala, extasiado con las notas del *Requiem* de Mozart, presiente por primera vez que el arte es la patria común de todos aquellos seres que tienen alma. El humanista siente la acuciante pulsión de lo supranacional. La familia espiritual como entidad cósmica se intuye en tal sublimes líneas. En 1828, tras múltiples avatares, semejante certeza será para Stendhal una razón de vida, cuando escribe en sus *Promenades dans Rome* (1973: 1048-1049): *Le monde se divise à nos yeux en deux moitiés fort inégales: les sots et les fripons, d'un côté, et de l'autre, les êtres privilégiés auxquels le hasard a donné une âme noble et un peu d'esprit. Nous nous sentons les compatriotes de ces gens-ci, qu'ils soient nés à Velletri ou à Saint-Omer*. Y citando un verso de la ópera bufa de Giuseppe Mosca *I pretendi delusi*: «Vengo adesso di Cosmopoli» ('Llego de Cosmopoli'), el grenoblés hace una solemne profesión de fe: *Vous voyez en moi un vrai cosmopolite* (1973: 1048).

Justo en la misma época en que Beyle recorre los cuatro confines de Europa, otra viajera no menos ilustre sigue un itinerario paralelo al suyo, la viajera -que no es otra que la baronesa de Staël- pertenece sin embargo a la aristocracia europea, y en vez de cabalgar a mataballo en duras jornadas cruzando los campos de batalla, viaja en calesa, de corte en corte y de castillo en castillo, rindiendo visita a los grandes del entorno. Madame de Staël inventa la temática norte/sur, la oposición entre el protestantismo y el catolicismo en sus novelas-manifiestos: *Corinne ou l'Italie* (1807), *De l'Allemagne* (1810). La baronesa, como Montesquieu o Voltaire, aunque cautivada por los primeros fastos del Romanticismo, viaja no obstante a la búsqueda de las grandes ideas. Beyle, por el contrario, lo hará con el corazón abierto a las artes y persiguiendo los placeres derivados de su sensibilidad. Germaine pertenece aún a la Europa del siglo XVIII, la Europa de las Luces; Henri Beyle, por más que a menudo adopte ciertas ínfulas nobiliarias, forma parte, por el contrario, de la burguesía ascendente, heredera de la Revolución y del Imperio, y que anuncia lo que será la Europa manufacturera e industrial del siglo XIX. Ambos -Madame de Staël y Stendhal-, dejando a un lado la indudable deuda del segundo con respecto a la primera, representan los dos polos del cosmopolitismo europeo. Y decimos deuda porque parece indudable que la lectura que Stendhal hiciera de *Corinne* ejerció una fuerte impronta a la hora de su trascendental opción por el sur, y, concretamente, por Italia, como tierra de promisión.

Ahora bien, la conciencia europea de Stendhal -salvo en lo concerniente a esa deuda para con Madame de Staël y sus afinidades comunes- es sobre todo fruto de un lento proceso de apertura al mundo en el que entra en juego el destino, que hará de él un viajero infatigable. En efecto, con el nuevo siglo la vida de Beyle -hasta entonces sedentaria- se vería sometida a una progresiva errancia a partir del mítico instante en que, franqueando el Gran San Bernardo, descendiera por primera vez deslumbrado hacia el valle de Aosta, camino de Milán. Su primer espacio de apertura al mundo sería, por tanto, Italia: cinco meses esplendorosos -desde la primavera hasta el otoño de 1800- de existencia exultante de goce, alegría y melancólico, de aquel entorno milanés durante la segunda ocupación napoleónica, tan amorosamente descrita en *La Chartreuse de Parme*: cinco meses apasionados durante los cuales conocería a la fascinante Angiola Pietragrua -aun cuando fuera incapaz de declararle su pasión- y que tendrían como centro neurálgico ese magnífico enclave de la Scala -donde confluyen sus dos grandes aficiones: el teatro y la música. Algunos años más tarde, en 1811, Beyle escribirá: *Ce théâtre a eu une grande influence sur mon caractère. Si ja-*

mais je m'amuse à décrire comme quoi mon caractère a été formé par les événements de ma jeunesse, le théâtre della Scala sera au premier rang (1955, 8-IX-1811: 1081). Desgraciadamente para él, esa incipiente vida de diletante sufriría un brusco parón cuando, en octubre de 1800, fuese nombrado subteniente del 6º regimiento de Dragones y se viese relegado a una forzosa vida de guarnición. Su nueva existencia tediosa soportando lo grosero, bajo y sucio de la vida cuartelera fue un escollo insalvable para él, hasta el punto que, a finales de 1801, cae enfermo, pide un permiso de convalecencia, regresa a Grenoble y poco después dimite de su puesto. La aventura europea de Beyle sufriría de ese modo un dilatado entreacto de casi cinco años variopintos de amoríos, de vanos intentos con miras a consagrarse como dramaturgo, y de correrías, como la que le llevó hasta Marsella, en 1805, en pos de la actriz Mélanie Guilbert, con un paréntesis incluso como empleado en una casa comercial. A finales del verano de 1806, no obstante, presa de la frustración, reprimiendo su orgullo, se dirige por segunda vez a su poderoso primo Pierre Daru solicitándole su reingreso en el ejército napoleónico. De ese modo, en octubre de ese mismo año iniciaba, como comisario adjunto provisional de guerra, la campaña de Alemania. Durante cerca de ocho años iba a participar con Napoleón en la gran gesta europea, no como soldado de choque, sino en la retaguardia, observando los desastres de la guerra, las reacciones de las gentes en situaciones límite, y asistiendo a acontecimientos históricos sin precedentes, como esa dramática retirada de la Grande Armée de Rusia que tantas y tantas veces se vería obligado a relatar, incluso a Lord Byron cuando, en el otoño de 1816, lo conoció en Milán y paseaba con él a solas por el inmenso y solitario *foyer* de la Scala.

Los veintidós meses que Stendhal pasa en Brunswick -entre 1806 y 1808-, a pesar de los privilegios de que allí goza, apenas fueron fructíferos para él: su mala salud y el clima de la región propician continuos ataques de seca melancolía que ni siquiera su breve idilio con Minette -Guillermina de Griesheim- logrará mitigar. Beyle aprovecha ese período de solaz para iniciarse en el inglés y el alemán; su vida, por lo demás, transcurre en el aislamiento, el estudio y la observación, ya que, salvo las esporádicas excursiones o las contadas cacerías en que participa, apenas logra congeniar con los alemanes, entre quienes a duras penas consigue entablar alguna que otra amistad. A finales de 1808 deja, pues, sin ningún pesar este su primer cargo y regresa a París, para ponerse de nuevo en camino, tres meses más tarde, ya como comisario titular, en una expedición que, partiendo de Estrasburgo, entra triunfalmente en Viena el 13 de mayo de 1809. La

hermosa ciudad bávara le fascina, pero su alma melancólica añora sin cesar amorios pasados. Vuelve a sufrir, para colmo, periódicos accesos de fiebre que incluso le impiden asistir a lo que, según sus propias palabras, fuera el más bello triunfo de Napoleón, la batalla de Wagram: *Cinq cent mille hommes se sont battus cinquante heures. Martial y était: je l'aurais suivi, mais j'étais étendu sur une chaise longue, accablé de mal à la tête et d'impatience; on distinguait de Vienne chaque coup de canon* (1968, I: lettre à Paulinne Périer-Lagrange, Viena 14-VII-1809: 534). A finales de ese año, ya firmada la paz, Beyle regresa de nuevo a Francia. 1810 supone para él un paréntesis de tranquilidad y su apogeo como hombre público: en el mes de agosto es nombrado Auditor del Consejo de Estado, y poco después Inspector del mobiliario y de los edificios de la Corona. Su carrera alcanza su cenit, pero la inquietud sigue latente. Ni sus éxitos profesionales ni sus continuas aventuras sentimentales -en especial un peligroso idilio con la esposa de su primo y benefactor Pierre Daru- logran colmar un vacío nostálgico omnipresente en su alma. De ahí que, a finales de agosto de 1811, tome la gran decisión de volver a Milán, aprovechando un permiso que le iba a permitir completar la aventura que quedara en suspenso con la exuberante Angiola Pietragrua. De nuevo el amor, esta vez colmado, unido al paisaje, a la música, sus grandes pasiones. Beyle comenzaba a presentir a Stendhal.

Pero se acercaba el año 1812, tan decisivo para él como experiencia europea; el 23 de julio, Beyle parte hacia Rusia (vía Maguncia, Francfort, Weimar, Leipzig, Koenigsberg, Wilna y Orcha). Las impresiones del viaje resultan fascinantes. Sin embargo, basta examinar su correspondencia de la época para comprobar que cuanto más avanza por la estepa rusa, más añora el sur: *Comme l'homme change!* -escribe desde Smolensko a su amigo Félix Faure el 24 de agosto- *Cette soif de voir que j'avais autrefois s'est tout à fait éteinte; depuis que j'ai vu Milan et l'Italie, tout ce que je vois me rebute par la grossièreté [...] Dans cet océan de barbarie, pas un son qui réponde à mon âme* (1968, I: 656). Desde mediados de septiembre hasta mediados de octubre permanece en Moscú un tanto ajeno a los cruciales acontecimientos en que vive inmerso y ocupado en la elaboración de un ensayo sobre la pintura italiana que proyectara meses atrás. Lo que viene después es Historia: la inenarrable retirada y el saqueo de la soldadesca. Beyle, siempre original, abandona su residencia moscovita con un simple tomo de Voltaire, el que lleva por título *Facéties*, como único botín. Y allá queda la mítica capital rusa envuelta en llamas. La descripción de Stendhal tiene mucho de dantesca: *Nous sortîmes de la ville* -escribe en una carta a

su hermana Pauline-, *éclairée par le plus bel incendie du monde, qui formait une pyramide immense qui étit, comme les prières des fidèles, la base sur la terre et sa pointe au ciel. La lune paraissait, je crois, par-dessus l'incendie. C'était un grand spectacle, mais il aurait fallu être seul pour le voir ou entouré de gens d'esprit. Ce qui a gâté pour moi la campagne de Russie, c'est de l'avoir faite avec des gens qui auraient rapetissé le Colisée et la mer de Naples* (1968, I: 4-X-1812: 664). El regreso por la helada estepa acosados por las bajísimas temperaturas y los ataques de los cosacos, resulta épico. El 27 de noviembre, Beyle por fin cruza el Beresina, y a mediados de diciembre alcanza Koenigsberg; allí descansaría quince días, antes de reemprender el camino de retirada a París, adonde llegaría extenuado el 31 de enero de 1813.

Stendhal, que ya advierte el final de la epopeya napoleónica, se siente hastiado, y más aún cuando ve truncadas sus pretensiones de ser nombrado prefecto ese mismo año. No le queda, pues, otro remedio que partir de nuevo, el 19 de abril, hacia Alemania. En esta ocasión asiste a la gran batalla de Bautzen (Sajonia), y poco después su primo Daru lo envía a Sagan, en Silesia, con el encargo de realizar las funciones de Intendente. En esta última ciudad pasaría Beyle poco más de dos meses de solaz, deleitado con las melodías de Mozart e iniciándose en la obra de Tácito. Sería su último contacto con una civilización -la germánica- que en ningún momento caló en su alma, y ante la que, por lo general -como le ocurriría al propio Nietzsche-, siempre se mostró refractario. Tras ese paréntesis, a mediados de julio, vuelve a ser víctima de unas fiebres, esta vez probablemente tifoideas, que le dejan maltrecho, pero que le vienen como anillo al dedo para conseguir un permiso con el que regresar a París. Su obsesión no obstante es volver a Italia, y pasar su convalecencia junto al lago Como, y hacia allí parte en los primeros días de septiembre. Nada más ver las agujas del Duomo y los hermosos ojos de Angiola escribe en su *Journal* (7-IX-1813: 1238): *Au moment où ce matin, à dix heures nous avons aperçu le dôme de Milan, je songeais que mes voyages en Italie me rendent plus original, plus moi-même. J'apprends à chercher le bonheur avec plus d'intelligence...* Su destino comenzaba a perfilarse. Faltaba sin embargo el final de su etapa como militar. El 26 de diciembre recibe la orden de dirigirse a Grenoble para organizar la defensa de la 7ª división militar junto al conde de Saint-Vallier, pero, tras un par de meses de esfuerzos inútiles, Beyle ve cómo el Imperio se desmorona. El 14 de mayo de 1814 sale finalmente rumbo a París, y antes de llegar comprueba con sus propios ojos cómo los cosacos ya habían llegado a Orleans. No cabía ya ninguna espe-

ranza. Alcanzaría justo la capital para ser testigo de la batalla de Montmartre y de la necedad de los ministros de Napoleón. Beyle hubiera podido, como tantos otros, agarrarse en tan adversas circunstancias al carro del vencedor, y de ese modo conservar sus cargos e incluso obtener nuevas prebendas, pero lo cierto es que, para entonces, la fascinación de Italia era una pulsión demasiado intensa para que él pudiera resistirse; además, estaba harto de su oficio burocrático, decepcionado de Francia y hastiado de los Borbones; de ahí que, conformándose con su modesta categoría económica de *demi-solde*, que, unida a la también frugal renta vitalicia construida con la dote de su madre, le permitiría vivir con cierta holgura en Milán, hiciera *tabula rasa*, y partiera en pos de su destino. El 4 de julio, todavía en París, manifestaba en su *Journal* (1955: 1259): *Rome, Rome est ma patrie, je brûle de partir.*

Y fue así como cambió definitivamente de aires el que algunos años más tarde idearía como epitafio para su tumba *Arrigo Beyle, milanese*. El soldado abandonaba las armas e iniciaba su lenta ascensión hacia un cosmopolitismo arraigado en la vasta cultura latina. Italia, y más concretamente Milán, no sólo iba a ser su tierra prometida -si añadimos los períodos allí vividos suman unos dieciséis años- sino que resultaría decisiva para su formación intelectual. Los siete años que en esta ocasión pasó en aquel país entre 1814 y 1821 harían de Henri Beyle el Stendhal que conocemos. El soldado convertido en diletante e intelectual, iba a alcanzar una sazón humana y existencial que muy pronto se traduciría en inimitables obras. Su personalidad, portadora de un bagaje humano absolutamente original, al contacto con la realidad italiana adquiriría un grado de madurez inusitada. Stendhal, sin renunciar a sus raíces, iba a vivir, con el entusiasmo y la ingenuidad aún no lastrados por la máscara de la civilización, la experiencia del amor pasión y del arte, la música y la pintura, y esa experiencia iba a resultar determinante. Al final, no obstante, el profundo desengaño al constatar que Matilde Dembowska -la que habría de ser su gran amor- no le correspondía y las crecientes dificultades con la policía austriaca pondrían término a aquellos años de fervor. Stendhal -para entonces ya podemos denominarlo con su seudónimo de pleno derecho- regresaría una vez más a París en junio de 1812 con el ánimo abatido y presa de continuas tentaciones de suicidio, pero el personaje excéntrico que los escasos amigos que ahí le quedan encuentran es ya el novelista excepcional en ciernes, preocupado en todo momento por ocultar su sensibilidad enfermiza a los demás.

A partir de entonces, la historia de Stendhal coincidiría, en líneas generales, con la de sus sucesivos libros. Volvería, como es natural, a

Italia, especialmente a partir de su nombramiento como cónsul en Civita-Vecchia en 1831, y ya su vida, hasta su muerte en 1842, sería un continuo ir y venir de Italia a Francia y viceversa, puntuado por otros viajes esporádicos -como el periplo realizado en 1830 por los Pirineos y la costa mediterránea, volviendo a París por Suiza, Alemania y Holanda- que le convertirían en ese turista moderno, pionero, devorador insaciable de paisajes y observador incesante de la realidad de su tiempo. Para entonces -y su libro *Mémoires d'un touriste*, aparecido en 1838, así lo atestiguan- Stendhal ya es el perfecto cosmopolita que abre sus puertas a esos *happy few* que aspiran a conocer la singularidad e idiosincrasia de una Italia que él había elegido como enclave y patria, aunque, paradojas del ser humano, sin cesar continuará necesitando del aire de París como núcleo absorbente de cultura; en eso probablemente es en lo único que se parece Stendhal al resto de los viajeros que durante los siglos XVIII y XIX abandonan Francia temporalmente buscando el complemento intelectual, cuando no anímico, que allí no encuentran. Y decimos lo único porque la actitud del viajero Beyle dista considerablemente de la del tradicional viajero ilustrado -Montesquieu o Voltaire- o de la del típico viajero romántico -Lamartine, G. Sand, Gautier o el mismo Mérimée. Tanto el uno como el otro -dejando a un lado la búsqueda del exotismo inherente al segundo- parten con el ansia de descubrir una realidad nueva que vivifique sus nociones adquiridas, pero con la conciencia íntima, por lo general, de la superioridad de su cultura *nacional* con respecto a la extranjera en la que se sumergen. Con Stendhal, por el contrario -como pone de relieve Michel Crouzet (1982: 9)- *La patrie étrangère devient Moi, mon monde, ma chasse gardée, mon domaine, non seulement espace parcouru, et décrit, mais séjour, et séjour global, épousé comme une correspondance de soi, un milieu d'élection, une naturalisation morale*. De ahí que el viaje se torne para él una necesidad vital, ontológica, particularmente enriquecedora, ya que su alma, al contacto con las tierras y las gentes que frecuenta, entra en íntima simbiosis realizando una especie de continua reconstrucción de su propio yo, llegando incluso un momento en que le será imposible concebir la vida sin ese sustento.

Veámos más arriba cómo al continuo trasiego del soldado por los campos de centroeuropa sucede una paulatina decantación por el sur, concretamente por Italia. Pues bien, esa elección ontológica, por más que él pretenda presentárnosla como súbita en su autobiografía, fue más bien fruto de un lento proceso. Durante algunos años, como se desprende de su Diario o de su Correspondencia, Beyle acarició el proyecto napoleónico de una Europa como comunidad de destino y de civilización, una Europa como

friso de naciones provista cada una de sus peculiaridades y sus ricos matices, y sometidas al criterio superior de una autoridad -el Emperador- que, corrigiendo los excesos de los nacionalismos, fuera capaz de aunar lo uno y lo diverso. Ahora bien, desde muy pronto la cruda realidad del Norte se erige en su espíritu como algo si no hostil, sí al menos incompatible con su temperamento. Su estancia en Brunswick le serviría para constatar la profunda sima existente entre los pueblos germánicos y los latinos, ya que, mientras que en estos últimos la planta humana se desarrolla rozagante, en los primeros la civilización tiende a agostar la pujanza primigenia, la fuerza y la pasión inherentes a la naturaleza. Semejante dicotomía acabaría convirtiéndose en metáfora de su propio conflicto interior desde el momento en que tomara conciencia de la irreductibilidad de todo intento de aunar natura y cultura como partes integrantes de un todo armónico. Para Stendhal, como escribe Michel Crouzet (1982: 45), *si le Nord est la séparation de l'homme et des choses, de la pensée et de la vie, et se manifeste comme violence (du monde, de l'homme) et dévastation, le Midi est unité et accord*. Semejante dicotomía exigirá, por tanto, una opción fundamental que se tornará acuciante el día en que vea de repente su carrera truncada. De ahí la elección de Italia como espacio de la unidad. *L'Italie* -prosigue Crouzet (1982: 48)- *terre essentiellement amoureuse et esthétique, est bien la terre de l'unité: du moi harmonieux, situé dans la double dimension de la force et de la bonté, uni à soi et aux autres, et se mouvant librement de l'instinct pur à l'idéal, sans rencontrer dans cette alliance avec soi et autre rien qui divise et rebute*.

El Sur, Stendhal lo elige para sí, pero es plenamente consciente de que el destino del mundo se juega en el Norte, y allí relega a sus héroes mejor dotados por el talento. Sirva como ejemplo esta breve conversacion entre el marqués de La Môle y Julien Sorel en *Le rouge et le noir*:

Le Marquis parut. Julien se hâta de lui annoncer son départ.

- Pour où? dit M. de La Môle.

- Pour le Languedoc.

- Non pas, s'il vous plaît, vous êtes réservé à de plus hautes destinées, si vous partez, ce sera pour le Nord... (II, 23).

Con todo, la tentación del Norte habría de mantenerse en Stendhal viva incluso en su época de mayor pujanza italiana -los siete años que median entre 1814 y 1821. Ya vimos cómo desde su más tierna edad elige a Shakespeare como modelo teatral. En Brunswick, en 1807 -como también vimos-, se inicia al inglés, siempre movido por su afán de deleitarse con

los sublimes versos del maestro de Stratford. Por lo demás, Inglaterra, desde el instante en que se erige en oponente principal de Napoleón, empieza a ejercer sobre Stendhal una fascinación a la que es incapaz de sustraerse, especialmente porque intuye que es allí donde, para bien o para mal, se gesta la nueva historia de Europa. Su primer viaje, limitado exclusivamente a Londres, muy rápido -quince días- y consagrado más a la vida de sociedad que a un examen atento de la situación que allí se vive, data de 1817. Su conocimiento de este país se enriquecería considerablemente con los que habría de realizar en 1821 y 1826. En 1821, poco después de su gran fiasco amoroso y ya de vuelta a París, la continua ensoñación en la que anda sumido y la lectura asidua de Shakespeare le incitan de nuevo a cruzar el Canal: *L'amour pour Shakespeare fortifié de mon goût pour les grands arbres me conduit en Angleterre pour la deuxième fois*, escribe en su *Journal* (13-X-1822: 1390). Beyle, que viaja con una idea preconcebida y con una mentalidad absolutamente convencida de que la felicidad terrena está en función directa de la capacidad del ser humano para conseguirla, aunque constata el tremendo impacto de la Revolución Industrial en todo su auge, no pierde de vista en ningún momento la gran paradoja de la explotación desmedida de los humildes a quienes ideológicamente se pretende redimir, paradoja en la que, querámoslo o no, se basa el progreso de las naciones, de ahí esas duras palabras con que zahiere a la aristocracia inglesa algunos años más tarde: *En Angleterre, treize millions d'hommes travaillent au-delà des forces humaines. Sept à huit cents familles jouissent d'une opulence dont on n'a pas d'idée sur le continent. Semblables aux prêtres de l'ancienne Égypte et de l'Étrurie, elles sont même parvenues à se faire respecter, et presque aimer par les pauvres diables qu'elles condamnent à un travail aussi opiniâtre. Le peuple anglais, raisonnable et religieux, porte le respect pour la loi jusqu'à s'étonner de ce que les hommes consciencieux et énergiques veulent améliorer sa situation* (*Mélanges II: Journalisme*, 1950, XLVI: 215). Simplista, por lo demás, en algunas de sus apreciaciones, Inglaterra, a pesar de todo, como pone de relieve Michel Arrous (1985: 267), le permitirá a Stendhal inaugurar una reflexión sobre el proceso productor y sus consecuencias políticas en el cuadro de un diálogo de las naciones que se establece entre Francia e Inglaterra a partir de 1815. Ahora bien, como hombre avanzado sobre sus coetáneos, Stendhal jamás podrá aceptar que la riqueza de unos cuantos se construya sobre una nueva esclavitud que muy pronto denunciará Dickens en sus novelas.

No debe extrañarnos, por tanto, su definitivo alejamiento de la Albión del Norte como modelo de vida, aunque no desde luego como patrón ideo-

lógico -Stendhal sería un asiduo colaborador del *New Monthly Magazine*, del *London Magazine*, *Atheneum* y *Paris Monthly Review*-, y su definitiva opción por Italia como *magna parens* fértil en cosechas como en hombres, generadora de vigor y de savia tan necesaria a la vegetación como a las almas. Se podría establecer todo un bello ideario con las frases que el grenoblés consagra a esta tierra para él de promisión. Italia le rejuvenece - *La vieillesse morale est reculée de moi de dix ans*, escribe en 1817 (1973: 161)-; sus sensaciones, al solo contacto con el clima, se tornan agradables, placenteras; su espíritu se abre a la percepción, y la vida se vuelve apacible, una apacibilidad semejante a la que sus héroes, paradójicamente, hallarán en prisión o en los lugares elevados y alejados del mundo. Italia será, pues, su patria de elección, espacio de felicidad voluntariamente elegido, marco incomparable de héroes, tierra de encuentros. Stendhal llegará incluso a escribir en 1834, en una carta dirigida al barón de Mareste: *Je ne conçois pas qu'à cinquante ans, on habite hors de l'Italie* (1968, II: 665).

Europeo, pues, por convicción durante algunos años, en el sentido de la creencia en una comunidad fuerte, plural, indisoluble y unida por sus propias raíces culturales, y en la que lo nacional permanece como fuente de regeneración y renovación, Stendhal, a medida que viera hundirse el gran sueño político de Napoleón, se inclinaría paulatinamente hacia el Sur, consciente del profundo abismo que lo separaba del Norte, pero siempre habría de permanecer arraigada en su alma la concepción cosmopolita inherente al mundo de la belleza y de las artes como dogma supremo de existencia. El futuro, como en las mejores épocas humanistas o ilustradas, estará en función de lo que una élite supranacional sea capaz de hacer, y es a esa familia espiritual -los *happy few*- a la que esencialmente dirigirá su mensaje literario.

Vemos, pues, en síntesis, que la conciencia europea de Stendhal es fruto de un complicado proceso de apertura al mundo de una sensibilidad de estirpe clásica que empieza a ver Europa como entidad superior. Stendhal fue tan radicalmente distinto de sus contemporáneos precisamente porque, gracias a la coyuntura histórica de una singular gesta bélica, optó por traspasar las fronteras de una Francia demasiado recluida en sí misma, posibilitando que su vasta cultura e inquietud eclosionaran al calor de todo cuanto el entorno culto de su propio país había olvidado o relegado -o considerado como mera curiosidad. El resultado fue una originalísima obra traducida en un lenguaje cargado de connotaciones y con un sello absolutamente personal. Eso es precisamente lo que hará de Henri Beyle un avanzado sobre su tiempo y un europeo de pro. Un europeo que adoptaría para

sus lectores un nombre alemán; para la eternidad, un pasaporte italiano; como compañeros del más allá, un británico -Shakespeare-, un austriaco -Mozart- y un italiano -Cimarosa-, esos tres nombres que habrían de figurar grabados sobre su lápida; un europeo cuya invención más célebre, la cristalización, sería una metáfora inspirada en una mina de sal de Austria; y cuya novela más bella, según la opinión unánime de Balzac, Tolstoi, Henry James, Gide o Lampedusa, tiene como marco el ducado de Parma, con un héroe nacido de los amores de un capitán francés y de una marquesa italiana, ¿qué mayor prueba de europeísmo?

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- * ARROUS, M. (1985): "L'apport de l'Angleterre dans la vision stendhalienne du monde moderne", *Stendhal et l'Angleterre*. Liverpool: Liverpool University Press.
- * BRAVO CASTILLO, J. (1983): "Los dos universos de la autobiografía stendhaliana: Henry Brulard o la gestación de una personalidad", *Barcarola*, Albacete, nº 13/14, pp. 287-293.
- * CROUZET, M. (1982): *Stendhal et l'italianité*. París: José Corti.
- * NIETZSCHE, F. (1986): *Más allá del bien y del mal*. Madrid: Alianza Editorial.
- * PAGEAUX, D.H. (1989): "De l'imagerie culturelle à l'imaginaire", *Précis de littérature comparée*. (Sous la direction de Pierre Brunel - Yves Chevrel). París: P.U.F.
- * SERVOISE, R. (1983): *Stendhal et l'Europe*. París: Bibliothèque Nationale.
- * STENDHAL (1955): *La vie d'Henry Brulard.- Oeuvres Intimes*. París: Gallimard, La Pléiade.
- * STENDHAL (1955): *Journal.- Oeuvres Intimes*. París: Gallimard, La Pléiade.

* STENDHAL (1968): *Correspondance I (1800-1821)*. París: Gallimard, La Pléiade.

* STENDHAL (1968): *Correspondance II (1821-1834)*. París: Gallimard, La Pléiade.

* STENDHAL (1973): *Rome, Naples et Florence en 1817.- Voyages en Italie*. París: Gallimard, La Pléiade.

* STENDHAL (1973): *Promenades dans Rome.- Voyages en Italie*. París: Gallimard, La Pléiade.

* STENDHAL (1981): *Mémoires d'un touriste, I*. París: Maspéro.